



Con la primera luz

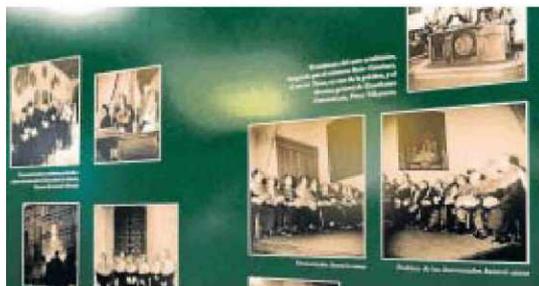


# Guzmán Gombau

ANTONIO COLINAS

**S**ÓLO vi a Antonio Tovar en una ocasión: durante la entrega de las Becas de Creación Literaria que concedía el Ministerio de Cultura en 1982. Tovar era el presidente del jurado y obtuve una de ellas para escribir el que habría de ser uno de mis libros más queridos: *Noche más allá de la noche*. El mundo grecolatino se enraizaba en el proyecto que presenté y a ello seguramente fue sensible aquel jurado. Es obvio que de Tovar había sabido antes. Sigamos en el mundo de la cultura: había sido el maestro de un joven amigo mío poeta, Jaime Siles, en el sorprendente tema de la escritura ibérica. También sabía de Tovar porque semanalmente hacía entonces crítica literaria en la revista "Gaceta ilustrada". Allí se ocupó en 1975 de mi libro *Sepulcro en Tarquinia*.

Entre las muchas anécdotas que la publicación y la lectura que este libro suscitó se encuentra la de aquel riguroso artículo que Tovar le dedicó. No en vano, en el poemario tiemblan temas por los que Tovar sintió predilección: Italia, la música, nuestro mundo prerromano. Hablo del rigor de su texto hacia el más conocido de mis libros porque, entre los varios centenares de endecasílabos que hay en él, Tovar señaló



los tres (rítmicamente) mal acentuados! En dos de ellos había palabras en alemán y en latín. De ahí la sutileza del lingüista. Cuando publiqué el siguiente de mis libros, *Astrolabio*, también se ocupó generosamente de él, pero se atuvo a subrayar la "carga ideológica" que había en mi poema "Córdoba arde eternamente sobre un río de fuego" y no entró en los latinajos de otro verso porque eran claras erratas –numerosas en aquella primera edición–, de las que yo no era responsable.

He vuelto a pensar en Tovar al ver en el Patio de Escuelas la exposición de fotografías de Guzmán Gombau (Salamanca, 1909), alusivas a una etapa de la Universidad salmantina de la que Tovar fue Rector y de cuyo paso, huellas y frutos sobradamente saben especialistas y salmantinos. Se enmarca esta exposición, comisariada por el profesor Manuel Carlos Palomeque, en los actos del VII Centenario de la Universidad. Quinientas son las fotos inéditas en blanco y negro que se conservan y que se salvarán en la memoria de muchos gracias al libro que se ha publicado con tal ocasión, cuidadosamente editado por José Antonio Sánchez Paso.

No me extenderé en una idea que ya he recordado en estas misceláneas memorísticas mías: la de los efectos que se producen cuando personas valiosas de la cultura se cruzan con la Historia; que nunca se debe olvidar –sobre todo para no volver a repetirla en sus errores–, pero sí *superar*; para evitar la continuidad de los enfrentamientos, erizar a la sociedad y, en una espiral que no se cierra, enquistar odio y dolor. Tiene por ello esta exposición, más allá del anecdótico, el valor que el arte –fotográfico en este caso– ha sabido fijar. Palomeque ha hablado muy certeramente de "reconstrucción artística". El "blanco y negro" de las fotos nos conducen a otro tiempo, pero el paso de los años y la objetividad del espectador nos revelan el arte de Gombau. Contemplando las fotos, he pensado no sólo en el Tovar de la Historia, sino en el de la intrahistoria: en el agudo y apasionado lector de poesía.